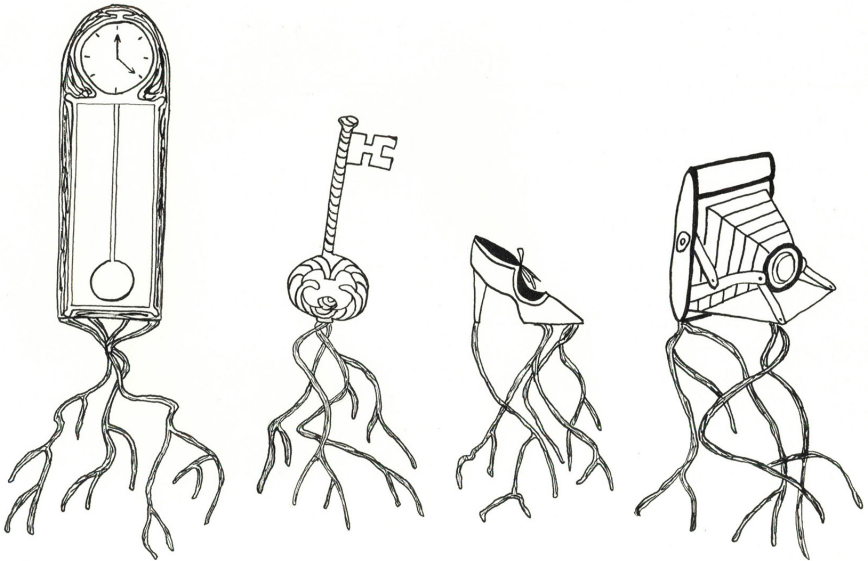


MEMORIA SUJETADAS

Hacia una lectura crítica y situada
de los procesos de memorialización



SOLEDAD BIASATTI
GONZALO COMPAÑY
(Compiladores)

ÍNDICE

Prólogo I. Un eterno minuto de sonido <i>por Soledad Galimberti (Argentina)</i>	1
Prólogo II. ¿Cuánta memoria es necesaria para olvidar/recordar? <i>por Dante Ángelo (Bolivia)</i>	11
Introducción <i>por Soledad Biasatti y Gonzalo Compañy (Argentina)</i>	21
Capítulo 1. Pueblo de Indio Huasco Alto: lugar de memoria y fantasmas de la etnicidad <i>por Raúl Molina Otarola (Chile)</i>	35
Capítulo 2. Materialidades, memoria y luchas simbólicas en la disyuntiva moderna <i>por Luis Gerardo Franco (Colombia)</i>	53
Capítulo 3. Memoria histórica en la escuela: ejes para una pedagogía política con fuentes arqueológicas <i>por Jorge Rolland Calvo (España)</i>	75
Capítulo 4. De “lugares de memoria” a “lugares de historia”: la arqueología contemporánea ante el patrimonio de la guerra civil española y de la dictadura franquista <i>por Carlos Marín Suárez (España)</i>	109

Capítulo 5. Escondidos en la ciudad: la invisibilidad material de los ex centros clandestinos de detención en la ciudad de Montevideo (Uruguay) <i>por Ayelen Montenegro Minuz (Uruguay)</i>	145
Capítulo 6. Materialidades que importan: visibilización y apropiación de los centros clandestinos de detención en Argentina. El caso del ex CCD Puesto Caminero de Pilar (Córdoba, Argentina) <i>por Marcos Román Gastaldi (Argentina)</i>	167
Capítulo 7. Los usos del espacio en el Museo de la Memoria: aportes críticos desde la experiencia de Voluntariado <i>por Cecilia Arias Morales y Alejandra Ferreyra (Argentina)</i>	197
Capítulo 8. Restos del asunto: Obstáculo, remoción y una alteridad alterada <i>por Gonzalo Compañy y Soledad Biasatti (Argentina)</i>	219
Epílogo. Desaparición y geografía. La memoria no se disuelve en el aire <i>por Marcelo Valko (Argentina)</i>	249

A Pablo Aroca y a los Biasattis.

*A Teres Zacharias, Jacques Cassina, Gabriela González,
Luciana Brugé y Nadia Gaffuri.*

Prólogo I

UN ETERNO MINUTO DE SONIDO

Por Soledad Galimberti¹

*Por muchos lugares pasaba la historia.
El antiguo Egipto ya nos condenaba.
Todos conspiraron para reprimirnos
y como las plagas vinieron las guerras.
Y el tiempo ha llorado detrás de estructuras,
pues nada se salva del orden perfecto.
Por eso no es raro que muchos no entiendan,
pues muchos supimos de los mismos rumbos.
Por eso no es raro que nadie domine
las riendas de todos sus mundos.
(...)*

*Por muchos lugares pasaba la historia.
El mundo era un vasto sembrado de huesos
y las hortalizas un día crecieron
nutridas del jugo vital de los cuerpos.
Y supe que escombros regados por tierra
pueden fecundarle el mañana a la entraña.*

Silvio Rodríguez Domínguez²

Puesta en la tarea de reflexionar sobre los asuntos, pensamientos y motivaciones de este libro, puse en marcha un acto de escritura breve, un apasionado movimiento de creación de subjetividades que de pronto se volvió torbellino de digresiones infinitas. Si usase el listado de diez razones para escribir de Barthes³ diría que este acto surgió en y desde el encanto, por el placer producido por la lectura de los textos que conforman el libro.

¹ Depto. de Antropología, Universidad Nacional de Córdoba. E-mail: ma_solgalimberti@yahoo.com.ar

² Fragmento de “Por muchos lugares pasaba la historia” (1968), del disco *Érase que se era* (2006). Estudios Ojalá, La Habana, Cuba.

³ BARTHES, R. (2002) “Diez razones para escribir”; *Variaciones sobre la escritura*, Paidós, Buenos Aires, pp. 41-42.

La siguiente escritura no es transparente, tiene las marcas de mi subjetividad. Es el traslúcido producto de sensaciones y pensamientos dislocados provocados por los textos, es mi propia subjetividad dislocada por la lectura. Está dividida en dos secciones en un intento por establecer alguna trama discursiva para los lectores. Sin embargo, no señalan una secuencia 'lineal'. Más bien son dos partes discontinuas, intercambiables, sustituibles, incluso tal vez circulares.

La primera sección reúne las percepciones que me suscitaron los artículos en relación a cómo creo que deberíamos (necesitamos) los arqueólogos/ antropólogos *hacer nuestra práctica* en los actuales contextos sociales, en una suerte de *devolución involucrada* con el mundo poscolonial, intercultural, contemporáneo que habitamos. De algún modo, intenta expresar mi acuerdo con los autores -acuerdo generacional, coetáneo, fraternal, afectivo- sobre que la Modernidad debe ser discutida, de que no debemos, para transitar nuestras disciplinas, despojarnos de los ropajes sociales e históricamente anclados que portamos como sujetos.

La segunda sección es un ejercicio de conjugación de experiencias, un punto de encuentro entre mis subjetividades y las de los autores de este libro. Es un intento por articular/combinar/reflejar las nociones, ideas y deseos derramados por los autores en este libro con mis propias percepciones, reflexiones y memorias. El apartado intenta ser una especie de *rebeldía discursiva*, procura mostrar aquello que la lectura del libro me despertó, lo que en mi interioridad se vio estimulado. No es una síntesis, es un movimiento *en reverso*: la sección no desarrolla cada texto, no detalla sus contenidos, no resume el libro ni anticipa claramente lo que vendrá. Por el contrario es consecuencia, secuela, desenlace de lo leído. La modesta intención que envuelve es que los lectores sientan curiosidad por hojear el libro, se aventuren a recorrerlo, a adentrarse entre sus páginas, que sientan el deseo de explorar(se) en el reconocimiento con el *otro*, que se vislumbren transitando/ atravesando /surcando/ rompiendo la particularidad hasta convertirla en (con) fluencia. De allí que de alguna manera esa sección fue pensada como una provocación a narrarnos en y desde nuestras propias historias personales y colectivas.

I.

Desde la profundidad de las particularidades de cada autor, los artículos de este libro son una grata invitación a transitar el camino de la diferencia sin miedo y una eficaz incitación a desbaratar la idea de que la unicidad de criterios es la única forma posible para encontrarnos y dialogar.

Los autores -cada uno desde su *mismidad*- logran mostrar las tensiones que conlleva el proceso de hablar desde *uno mismo* pero con los *demás*, exteriorizando el arduo camino que representa emprender el proceso de transformación de individuos a sujetos con intencionalidad colectiva.

Los artículos presentados aquí son ejemplos concretos de cómo es posible activar, ampliar, reanudar los debates disciplinares; representan generosos esfuerzos en vistas a la creación de escenarios de elaboración conjunta que permitan llegar a un lugar común sin el abandono de *lo propio*. La superación de las polaridades y las incompatibilidades comienza en el reconocimiento de los *otros* como sujetos con potencial ilimitado, por el respeto por la diferencia, por la sensatez de la escucha. Este libro es una manifestación de esa búsqueda por el intercambio respetuoso de lo diferente, es un señalamiento de que es posible hablar de lo mismo desde lugares diferentes, de que se puede llegar a lugares distintos, desiguales, opuestos y diversos en armónica disonancia.

Resulta alentador que dentro de nuestras disciplinas sociales se den movimientos teóricos y metodológicos que apunten a un ejercicio firme, consciente y continuado de la *reflexividad* de los investigadores. Tales desplazamientos habilitan un también continuo proceso de (des)ajuste que nos va permitiendo desmontar colectivamente -al mirarnos a y entre nosotros- algunos supuestos disciplinares fuertemente arraigados, tales como pueden ser la *pura* materialidad del objeto, la cultura material indígena sólo como registro arqueológico y/o patrimonio, la arqueología como ciencia del pasado, la etnografía sólo como técnica, la antropología sólo como clasificatoria de sujetos, entre otras. Pero sobre todo nos permiten ir al encuentro de otros sujetos y sus propias reflexividades desde el encuentro con nosotros mismos. Nuestro *ser-investigador* precisa ser desmontado en el acto mismo de (re) conocimiento de nuestra igualdad en diferencia. Pensarnos/constituirmos como sujetos investigadores-históricos-políticos es nuestra propia devolución al mundo social que nos constituye.

Pensarnos parte del teatro de operaciones donde se desarrollan las reproducciones de las relaciones sociales que nos constituyen en investigadores, es dejar de creer en la independencia del sujeto frente al mundo y en la autonomía extrema (y el derecho exclusivo, privilegiado) de nuestras mediaciones/intromisiones. Abordar el mundo desde nosotros mismos -nosotros sujetos históricos anclados (inequívocos) y al mismo tiempo movilizados (alterables) por nuestras propias experiencias- nos permite recuperarnos desde *lo propio* y propiciar que los otros y nosotros -la sociedad- restablezcamos nuestros lugares en la historia.

Los artículos de este libro son un claro ejemplo de ese tipo de movimientos. Muestran el camino emprendido por los autores para “inquietar lo cotidiano” y buscar las marcas constitutivas de la diferencia. Las experiencias reflejan los pasos seguidos para cartografiar las opacas disyuntivas de la modernidad, palpar las invisibilizaciones de la historia, espejar los mecanismos de presentificación de las ausencias, realizar lecturas críticas y situadas sobre los procesos de memorialización, preguntarse por las rupturas o complejizar atentamente la relación entre memoria y materialidad.

Todos son una invitación a pensar a aquello que nos ha pasado desde otro lugar, una propuesta a pensar(nos) desde un lugar diferente al del objetivismo puro, ese *hacer del objeto* sin el sujeto. Los textos son una incitación a (re) inventarnos como sujetos-investigadores situados en estos convulsionados tiempos.

El libro entero es una propuesta a ponernos en marcha, a ejercitarnos en la tarea de posicionarnos desde la crítica que construya y sitúe nuestras investigaciones, con nosotros, en espacios y tiempos históricos: el movimiento abre posibilidades, interrumpe certezas, implica anhelos.

La inmovilidad ya no es sinónimo de seguridad, permanecer en viejos esquemas pospone futuras satisfacciones. Inseguros e inestables, podemos enriquecernos y marchar a futuros impensados. El proceso ya ha comenzado, detenernos ya no es posible.

II.

En el acto de escribir estas palabras experimenté por un momento los mecanismos del recuerdo y el olvido que la acción de narrar(nos) en retrospectiva, involucra. Pensar sobre el libro, recorrer las argumentaciones de los autores, intentar referenciar algo o enfrascarse en algún concepto implicó el acto de recordar (lo leído ‘antes’) y un intento de organización, una ordenación de las ideas que había logrado captar a lo largo de la lectura. Esas acciones me llevaron, antes que nada, a hacer consciente al menos dos cosas. Por un lado, que los sujetos podemos percibirnos rápidamente como seres históricos: en cada uno de nosotros hay un ‘antes’, un ‘ahora’ y un ‘después’, esa suerte de temporalidad vivencial del pasado-presente-futuro que está en nosotros mismos y que nos impide percibir nuestra existencia como una sucesión de compartimientos estancos (que más que disgregada parece más bien una temporalidad que nos atraviesa en conjunto). Por otro lado, que el orden se convierte en (o es) una ficción, una construcción imaginada que cambiará cada vez que intentemos emprenderla. Por lo tanto, y en virtud de esa suerte de *temporalización perpetua*, el orden jamás será uno solo y jamás tendrá un punto de inicio único.

En ese plano de cosas, los mecanismos del recuerdo y el olvido puestos en marcha, empantanaron mi definición de un ‘punto cero’ (de un inicio único para y en el proceso de recordar) y confundieron mi ordenación de las ideas, logrando que apenas pudiera esbozar una alegre algarabía de recuerdos. En virtud del recorrido por los capítulos de este libro, esto respaldaría la idea de que ninguna historia tendría un *único* comienzo ni que existiría un *orden correcto* de las cosas. Y también la noción de que la ‘fidelidad’ del recuerdo/olvido con el pasado no ocurre ni aún en las historias contadas por uno mismo. Narrarnos en nuestra propia historia -en vez de que otro lo haga por nosotros- no escapa a la selección, a la supresión o ponderación de recuerdos. Los hechos recordados se entretajan con los afectos, los deseos y las expectativas, en una amalgama de pasado/presente/futuro que nos constituye. Nuestras subjetividades son personales y colectivas, sociales e históricas y no nos abandonan nunca; el recuerdo y el olvido se conjugan y la repetición, las fantasías y las verdades, se instalan.

Haciendo parte de este proceso de *tensión de la situación* que proponen los editores de este libro, en un movimiento de *expresión de lo propio* junto

a *otros* escogí el sendero ondulante de componer una breve narración que reconstruya mi lectura, recomponga mi relación con los textos de este libro y reanude el encuentro de subjetividades y temporalidades en ella suscitada.

El relato que sigue es la historia narrada de mi encuentro con los textos y autores de este libro. Es mi memoria expuesta, la enunciación/omisión sobre lo que creo que, en este instante de lectura y escritura, el libro despertó en mí; es el *conjuro escritural* urdido en el entramado de relaciones que me constituyen. Hace parte de mis múltiples dimensiones temporales y espaciales, del juego relacional a partir de y con diversos objetos, es la conjunción compatible de vínculos afectivos, generacionales, disonantes. En sí mismo es un aspecto entre los miles contenidos en un instante, en este *instante escritural* elegí este inicio de la historia y este orden de cosas. Ni uno ni otros son sólo míos.

Un día de mayo, en el silencio de la siesta, enredada entre las palabras de este libro, empecé a transitar por geografías disímiles y conocidas, por situaciones sabidas, por escenarios compartidos y por heterogéneas similitudes. Con cada página iba adentrándome en las particularidades profundas de cada autor, iba encontrándome con la propia y compartida incomodidad con la lógica hegemónica de Occidente, iba asimilando las tozudas presencias del sur del mundo y aprendiendo de su obstinación. Me iba re-conociendo en el relato, iba encontrándome con otros sujetos tan históricos y sociales como yo, entrelazaba historias propias y ajenas con el mundo que habito.

Pero de pronto la lectura y el silencio se alborotaron y mi atención cambió el foco. No necesité ver el reloj, sabía que eran las 14.45hs. La sirena del taller del ferrocarril de mi barrio estaba sonando con su habitual intensidad. Y entonces me di cuenta de que no se había producido en mí un cambio de foco, sino más bien una (dis)locación. Las apreciaciones y preocupaciones de este libro hicieron sentido de repente.

El eterno minuto de sonido, estrepitoso, cotidiano, me provocó una reflexión oportuna: la evocación puede empujarse por muchas razones, con varios dispositivos, pero la mayoría de las veces necesita de alguna materialidad para anclarse. En ese instante, el sonido de la sirena me empujó a la infancia, la memoria y el olvido se activaron bruscamente motivados por el ruido: mis padres, mis abuelos, mi barrio, los antiguos vecinos, yo de niña,

todos en histórico encuentro, comenzamos a andar en mi memoria gracias al encantamiento del sonido. Recuerdos personales, anécdotas barriales, historias locales y nacionales se entrelazaron. Pero casi automáticamente, empecé a buscar anclajes materiales y en el acto, a llenarlos de vida. El barrio se convirtió en un sinnúmero de espacios y lugares y mi memoria se vio actualizada, al tiempo que la ‘historia’ me atravesó íntegramente. La memoria del barrio y la mía se conectaron, el presente, el pasado y el futuro se hicieron uno solo. ¿Adónde fui a parar tras ese empellón sonoro?

El sonido que surca el barrio donde vivo es el mismo o se le parece mucho al sonido que emitían las sirenas que anunciaban los bombardeos (el desconcierto, el inminente peligro) en las ciudades europeas durante la segunda guerra mundial. La sirena aquí no anuncia eso, no trae ese recuerdo al menos para quienes no vivimos eso. Pero sí trae cosas a la memoria, al cuerpo.

Por ejemplo, ese día me recordó una conversación que tuve con mi madre cuando tenía unos 11 años. Al mismo tiempo, me recordó cuánto trabajaban mis padres y que siempre esperábamos que al año siguiente la economía fuera más estable. En aquella conversación, ante mi pregunta sobre el por qué de la sirena, mi mamá me contó que sonaba desde siempre, que cuando ella llegó al barrio en el año 1949 ya sonaba. Que la sirena fue concebida para marcar el ingreso de los turnos de los operarios del Taller del Ferrocarril y que cuando mi mamá era pequeña sonaba seis veces al día, los cinco días de la semana.

Hoy la sirena sólo suena cuatro veces al día, pero sigue sonando. Ha sonado ininterrumpidamente en los últimos setenta y pico de años. Primero me llevó a preguntarme: ¿Cuántos perros, parientes tal vez de los perros de hoy, habrán ladrado en loca sintonía? ¿Cuántas añoranzas habrá despertado? ¿Cuántos pensamientos, o tristezas o satisfacciones? Esos tres minutos de sonido al día han hecho parte de la memoria de los vecinos. Luego reparé en algo: el sonido de la sirena además de recordarme situaciones personales o barriales, me lleva siempre a un lugar, al edificio del Taller del Ferrocarril. Ese lugar aglutina significados e historias, hace sentido en mí y en las redes de sentido de mi barrio y con su presencia interpela incesantemente al pasado-presente local, es un lugar que está muy lejos de ser *pura materialidad*, aún cuando ésta propaga una innegable presencia en su grandiosidad constructiva.

El Taller es una construcción de paredes altas, firmes, con techos de chapa, con interminables ventanas. De aspecto imponente, parece indestructible. Su fachada está limitada por un muro bajo que soporta vigorosas rejas de hierro forjado. Detrás de las rejas hay una parquización extensa de árboles variados. Uno de ellos, en realidad su tronco, es un colosal aguaribay añoso, casi inmemorial. En la puerta de entrada hay un cartel de hierro donde se lee: *Conmemoración del Centenario del Ferrocarril 1850 – 1950*. El contorno, la cara izquierda de la construcción, está formada por altísimas paredes sin ventanas y con un alto portón de chapa, cerrado, mudo. La sirena suena a las 6 de la mañana, a las 10, 10.30 y a las 14.45. De tanto en tanto se ve algún que otro empleado que anda por el predio y todos los días, la jauría de perros que vive en las dependencias arma algún que otro lío perruno a causa de una siempre presente perra en celo. Las veredas siempre están llenas de gente por las paradas del transporte público, el emplazamiento contiguo del club deportivo del barrio y la cercanía de un mercado de grandes superficies que se ubica en los terrenos de antigua propiedad estatal circundantes. El tráfico vehicular es constante, nunca reina el silencio, no hay mucho tiempo en soledad.

La historiografía cordobesa, con el libro de Efraín U. Bischoff ‘Historia de los barrios de Córdoba’ (1986) a la cabeza, pondera que el Taller del Ferrocarril de la ciudad de Córdoba fue fundado en 1904 con el objetivo de desarrollar y construir las locomotoras que utilizaban las formaciones de trenes de la Argentina. Su fundación está inscripta en el desarrollo de una ‘ciudad pujante’ que se vio acelerada cuando en los terrenos contiguos los obreros ferroviarios se fueron instalando. El loteo de tierras que pertenecían a dos extranjeros, empezó con precios muy bajos, acordes a los magros salarios de los empleados de la fábrica y a los sueños de los dueños de hacer negocios rápidos. Dos barrios se formaron a su lado: Barrio Firpo (hoy General Bustos y Talleres Este) y el Barrio Inglés (hoy Barrio Pueyrredón). Desde los sectores políticos y sociales Córdoba fue proyectada –según reza la bibliografía histórica- como gran partícipe del sueño nacional del progreso, los sueños de prosperidad de los trabajadores y sus familias se conjugaron con los de la próspera nación. El Taller vio nacer al Atlético Talleres Central (hoy Club Atlético Talleres) en 1913, las primeras locomotoras a vapor en 1943 y los coches de aluminio para trenes: Córdoba sigue participando del crecimiento nacional. La nacionalización total de los trenes trae la fundación, en la década de los ’50, de la empresa FORJA Argentina donde se manufacturan llantas

y ejes para formaciones ferroviarias para exportar a toda América Latina. El edificio del Taller del Ferrocarril se triplica. La historia cordobesa sigue, sin embargo la historiografía calla.

Estos datos, informaciones, acontecimientos, son el pasado local representado por la historiografía oficial. Son los elementos objetivados, ordenados, organizados sistemáticamente en un discurso confeccionado para la domesticación de lo social. Son sentidos hegemónicos fijados, inmóvilmente adheridos a una historia de la ciudad, unívoca, lineal, acabada. Son revelación del borramiento de algunos sujetos, la ponderación de otros. El silencio, el olvido y recuerdo de algunos sectores, son historia (des) enganchada.

En un intento por poner en duda la homogeneidad de esos relatos preparados para ser impecables, intentando una interconexión entre materialidades, temporalidades, memorias personales, sociales, culturales donde mi subjetividad no sea borrada, pienso: ¿cuánto de ésto hay en mí?, ¿cuáles son esas cosas que creo no están en esa historia oficializada? Con ella, ¿qué silencios se instalan?, ¿qué invisibles se definen?, ¿dónde están ubicados?

Y en ese orden de preguntas, persisto: ¿la Historia tiene un principio?, ¿es sólo uno?, ¿es la Historia realmente una sola? ¿No será acaso que hay multiplicidad de inicios, soportes, trayectos, finales, multiplicidad de historias? Y si intentamos narrar(nos), ¿de qué modo nos relacionamos con las materialidades que contienen a nuestras subjetividades, ¿qué memorias se activan y se desactivan en esa relación?, ¿qué narrativas, sentidos, emotividades y formas de estar en el mundo? Y en ese proceso, ¿cuándo y cómo esas materialidades se vuelven rupturantes del lugar histórico de nosotros, los sujetos presentes?, ¿cómo y de qué manera nos constituyen las relaciones con el mundo que habitamos?, ¿mediante qué procesos son colonizadas, dominadas, las relaciones antagónicas que plantea la modernidad colonial que nos constituye y nos violenta?

Al Taller del Ferrocarril lo veo todos los días, lo recorro, lo he vivido toda mi vida. Ese edificio es materialidad de mis cotidianidades. Está allí, parece imperturbable a pesar del paso del tiempo, pero no está muerto. Es parte de mí, contiene mi vida, alberga mi infancia, las historias que me relataban

mis padres. Evoca el recuerdo de mi papá, invocando el dolor de haberlo perdido y al mismo instante animándome a seguir amando los trenes como él lo hacía. La monumental construcción me hace enfurecer cuando pienso en las privatizaciones de las empresas del Estado, en la venta de los ramales ferroviarios a los ingleses por peniques en 1880, en los 45 mil trabajadores ferroviarios cesanteados en los años '60, en los otros tantos que quedaron sin trabajo cuando cerró FORJA en los años '90 y en cuántos prósperos lugares se volvieron 'pueblos fantasma' con el paso del último tren en esa misma década. Su presencia me horroriza con los más de 80 ferroviarios desaparecidos en la última dictadura cívico-militar, de muchos de los cuales ni siquiera se posee referencia de haber pasado por centros clandestinos de detención, me hace estremecer y resistir el embate de los desaparecidos de mi barrio. Me recuerda el desmantelamiento de los talleres, la venta de las máquinas, de los terrenos fiscales por migajas al Walmart, la conversión del edificio principal de FORJA Argentina en Forja Centro de Eventos. Pero al instante me tranquiliza, me emociona, me hace pensarme en el domingo en que, en un paseo por la ciclovia, mi bicicleta (la misma de mi infancia) se puso a la par de la formación de un tren guiado por una locomotora pintada de celeste y blanco. Me enorgullece ver que es la Alco 6768, esa máquina que fue reparada, devuelta, restaurada en este barrio, en este Taller. Me estremezco con el compartir el momento de mirar el tren con unos padres mostrando a sus hijitos la máquina y los vagones, el tren que nunca vieron porque nacieron sin trenes. Me conmueve sentir que están haciendo lo mismo que mi papá hacía conmigo. Recuerdos mezclados. Mi papá, yo, los trenes. El fin de los trenes, la creación en agosto de 2013 de Belgrano Cargas y Logística SA (BCYLSA), el sueño de un país diferente.

En este ejercicio de (re)conocerme con el Taller, de explorar su historia y la mía, de aventurarme en lo que no conozco, hablo conmigo, con el Taller, con su edificio. Hablo con mis padres, con los afectos, los dolores, las alegrías. Convierto experiencia propia en experiencia histórica. Haciendo parte de mi ciudad, de los recuerdos, de las historias, esa materialidad ya no se presenta vacía, el Taller no está solo, está allí con multiplicidad de sentidos. Ya no es materialidad inerte, ahora es materialidad que me incomoda, me duele, me alivia y me anima. No es vacío, inmutabilidad, cosa distanciada. Con esto el Taller ya es parte de mí y yo de él. Ya no estamos en una simple relación, nos desplazamos. Juntos, hemos creado memoria.